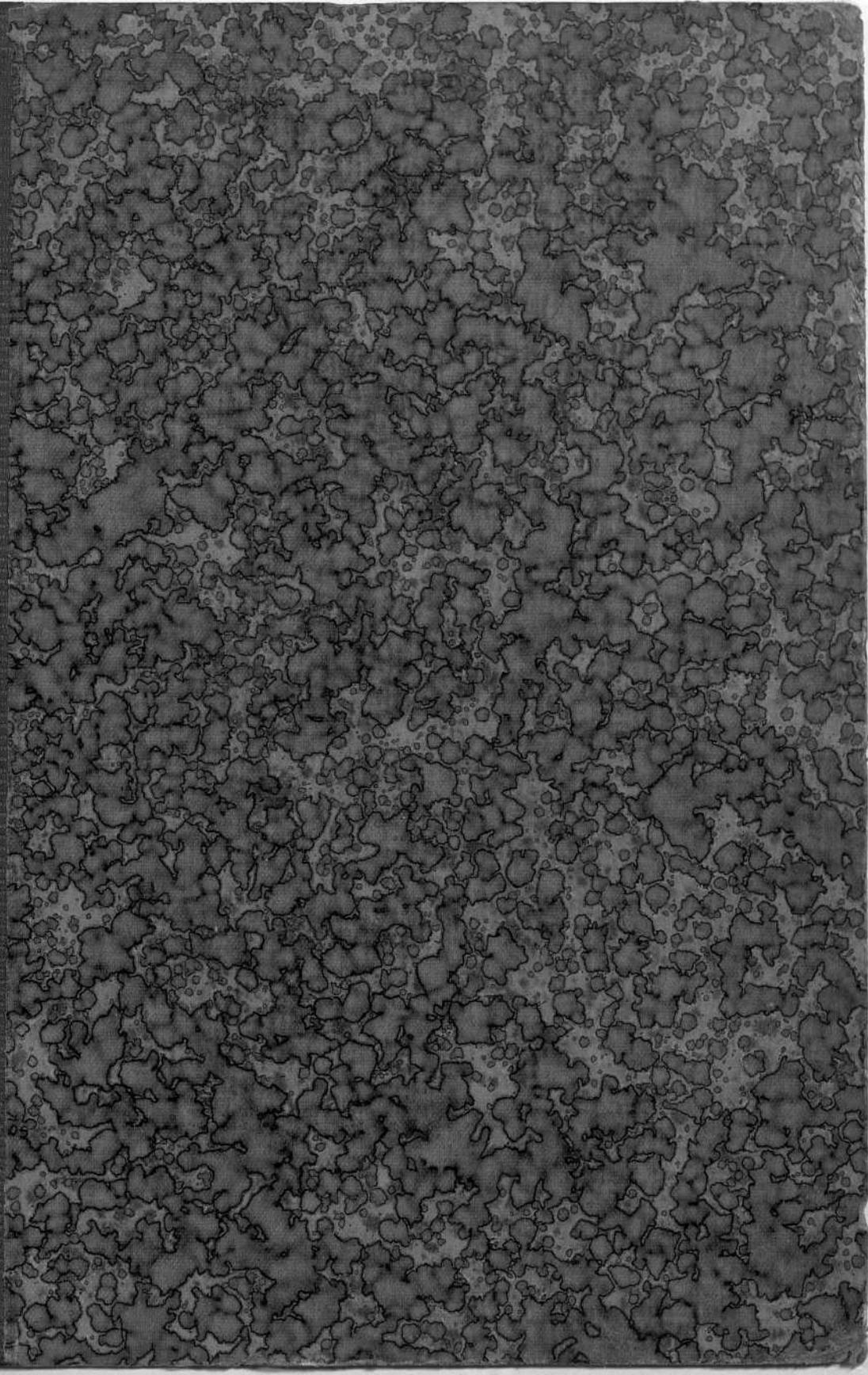
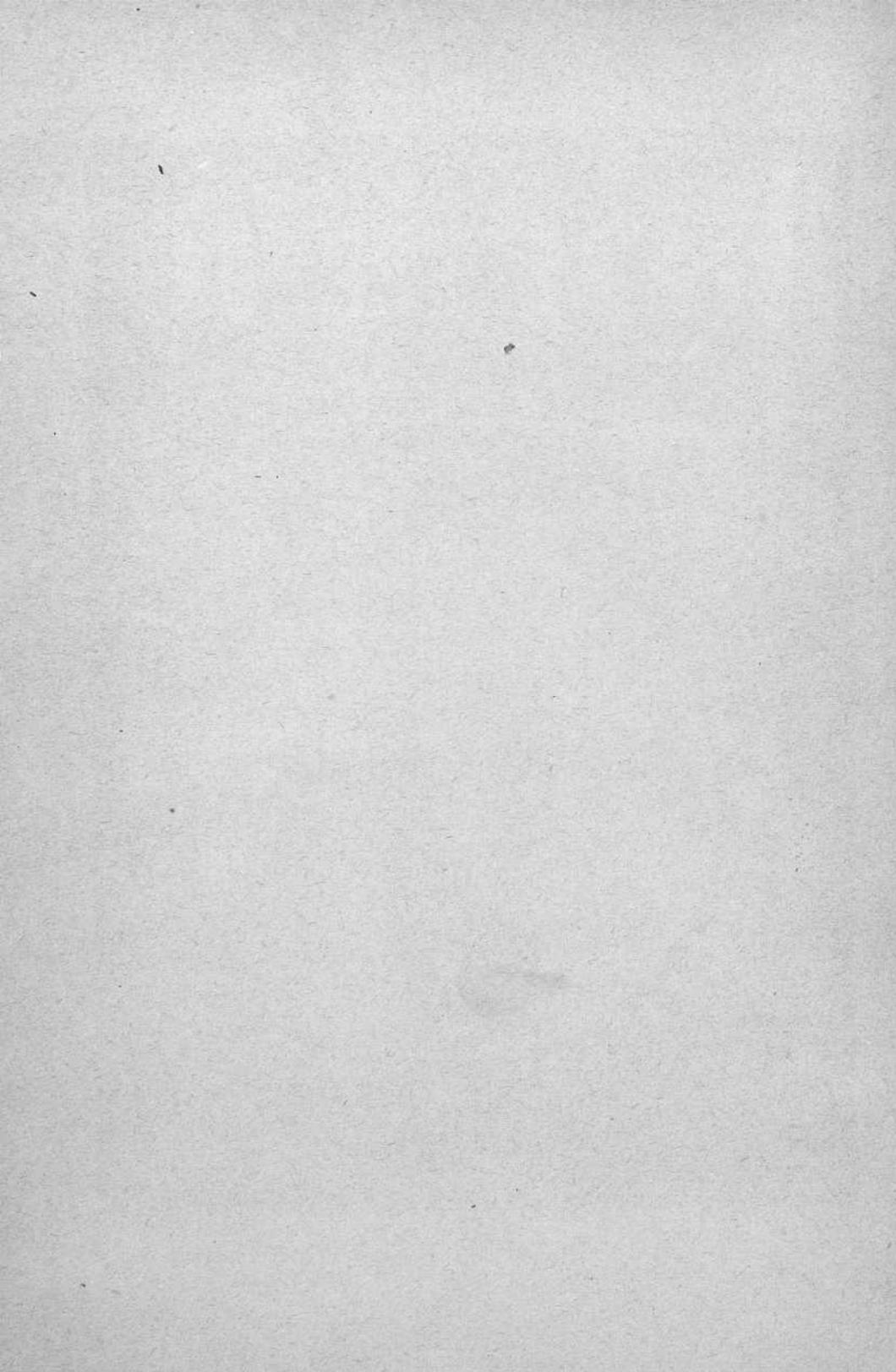


2.



22124
150





LA BECERRADA
DE
LOS

CARROCHISTAS



LA
BECERRADA

DE LOS
GARROCHISTAS

21 DE JUNIO DE 1880



MADRID
IMPRESA DE FORTANET

CALLE DE LA LIBERTAD, NÚM. 29

—
1880



LA BECERRADA DEL LUNES

21 DE JUNIO DE 1880.

Desde el Rey hasta el último pobrete
en esta tierra de valor y gracia,
tratándose de toros, son iguales,
que es esta diversion en nuestra España
prueba de la indomable bizarría
del valor y energía de una raza
que, como la española, no discute
cuando del arte ó el valor se trata;
quien censure los toros no merece
que nadie le critique ni combata...
Esta tierra es la tierra donde nacen
los que el valor indómito idolatran
y el coraje del toro, y del torero,
la bizarría y singular audacia,
mal que les pese á los que no lo quieran
mantienen viva del valor la llama,
y habrá corridas miéntras haya gente
que ame las tradiciones en la patria.

.

Y dejando este tono pretencioso impropio de mi pluma ni mediana, voy á contar á ustedes como pueda lo que ayer sucedió en la becerrada.



A eso de las cuatro y media, poco más, ocupó el balconcillo que habia de servir de palco presidencial la autorizada persona del señor marqués de Villalobar, á quien acompañaba en la difícil empresa de permanecer completamente serio durante la corrida el señor D. Ignacio Perez de Soto. A la derecha de lo que hemos convenido en llamar palco de su señoría, estaba la música de Ingenieros, y á la izquierda, en la grada, una mesa espléndidamente servida por los Sres. Fornos, encima de la cual multitud de botellas almacenaban impasibles la alegría, ó el valor, ó la locura, que pronto habrian de *der-*

ramarse entre los poco numerosos, pero bien dispuestos concurrentes.

Varios camareros, vestidos de frac, servian limonada á los distinguidos espectadores que, como es de rúbrica en esta clase de diversiones, vestian de chaqueta. ¡Hermosa y excéntrica tierra la española, donde todo el mundo hace por demostrar que apetece lo contrario de lo que á su posicion conviene! ¿Dónde hay un pueblo en que los aristócratas sean más demócratas y los tribunos más orgullosos? Por este y otros motivos, quizá por éste, y porque en los toros las clases todas de nuestra sociedad se mezclan y se confunden en una sola afirmacion, las revoluciones son imposibles en España, y cuando estallan se reducen á calaveradas inocentes, sin que nunca puedan llegar á pavorosas hecatombes.



Flameó el pañuelo el señor Presidente, y aparecieron los alguaciles Sres. Moreno y Calvo, montando dos preciosas jacas de campo, sobre las que hicieron alarde de sus conocimientos en equitación. Salian tan serios y lo hicieron tan á conciencia, que nadie diría que habrían de demostrar, dos horas despues, que no es incompatible la seriedad del oficio de alguacil con la mayor y la más desordenada de las alegrías.

Previo el permiso se fueron,
 á la cuadrilla buscaron,
 y luégo que la trajeron
 de la llave se encargaron.
 Pipaire la recogió,
 Buñolero accidental,
 y así que el clarín sonó
 soltó al primer animal.

Era jabonero, buen mozo, bien encornao, ligero, codicioso, y ostentaba la divisa de la ganadería de Veragua (por cierto que sólo en el apellido del señor Duque figuró el agua durante la fiesta). Salió preguntando por el

simpático Regatero, su maestro de instrucción primaria, y con esto dió una lección á los que por ser amigos de Angel y por lo mucho que él se lo merece, no le convidaron á la corrida.

Esperaban en sus puestos como picadores de tanda la Martina, que por la mona que descubierta llevaba parecia un D. Quijote oxidado, y Fuma-en-pipa, que oprimia los lomos de un poderoso corcel de los de á cuatrocientos reales: este Fuma-en-pipa no llevaba mona, al ménos por la parte de afuera. Tres varas pusieron cada cual; de éstas el segundo una sobresaliente, y durante la lidia tuvimos ocasion de ver que lord Napier (a) el Chato, corrió al toro por derecho, como ya no lo hacen más que los aficionados.

Un poquito despues de lo justo sacudió el pañizuelo el Presidente, y salieron lord Napier y No sé quién provistos de banderillas, que depositaron alrededor del morrillo de la fiera en la forma siguiente: El primero puso un buen par al cuarteo, casi á toro pa-

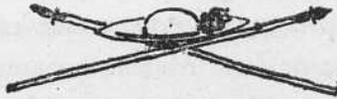
rado, y luégo medio así como al sesgo, que se me figuró una miajita delantero. No sé quién puso un par al cuarteo tambien, y tambien delantero, aunque no tanto como el de lord Napier, cuyo medio par delantero fué de lo más delantero que se gasta.

Guapo y bien puesto el Potroso
pisó la candente arena,
y quitándose el sombrero
habló con la presidencia,
para pedirle permiso
y reventar á la fiera.
Por la gracia y el aquel
con que el matador pasea
y por lo fresco que está
(cuando no está en la cabeza)
desde luégo se conoce
y afirmo yo que no es esta,
en el juego de los toros,
la primera vez que juega.

Pues, señor, que le pasó (al toro) una porcion de veces (sufriendo una encerrona contra la barrera), de todas las maneras

posibles; tantas, que la muleta se le caía de la mano, y que Machío se la arreglaba y á él se le volvía á caer, como si quisiera concederle algunos minutos más de vida al animalito, y que luégo le pinchó (al animalito) casi siempre aguantando, y que en una de éstas el señor Juan Martin, la Santera, tuvo una conferencia con el becerro, en la que éste le dijo al oído: «Misté, Sr. Juan Martin, osté no fué cosa pa torear á mis abuelos, y yo le traigo asté memorias de ellos y el consejo de que se quite usted de estas bromas.» Paece ser que el Sr. Juan Martin quedó convencido, porque se subió á la vera del Presidente como para estar protegido por la autoridad, y que despues no se sabe cómo resultó que el toro le dió al mataor un pinchazo tambien en hueso con el estoque, y que le tuvieron que poner un turbante, y ya con el turbante no se sabe si Allah le protegió pa que descordara al toro, ó si éste, en vista de lo delicados que andan los asuntos internacionales, se dejó descordar por respeto á las buenas prácticas

de la diplomacia. El hecho es que la faena se acabó, y que el Potroso cumplió como cumple un buen aficionao que no tiene suerte.



Al segundo, revuelto, ligero,
brabucon y tambien jabonero,
Tocayito le pasa de capa,
se descuida y el toro le atrapa.
Y en tan triste fatal situacion
el barbian brigadier Talegon
con fatigas al bicho colea,
Tocayito se marcha y arrea
y se cuela por el callejon;
porque sólo perdió el pantalon
en aquella tremenda pelea.

Decir lo que se vió cuando Tocayito se levantó con el pantalon roto, sería tan difícil como probar que habíamos hecho bien en no llevar señoras á la corrida.

Repuestos del susto todos, ménos Toca-

yito, que por lo que se verá despues no se asusta fácilmente, empezó la lidia, haciendo de picadores Pontehierro y Mantequilla, ámbos con mona, sobre todo el primero, que no era mona lo que llevaba, sino un orangután. Mantequilla, despues de un marro-nazo, agarró dos ó tres veces, y Pontejierro seis sin que hubiera durante la lidia más que la seguridad de que nadie tenía miedo. Tocó como siempre un poquito tarde la trompeta el señor Presidente, es decir, la mandó tocar, y con dos y medio pares de Patillitas y otro medio de lord Napier hubiera pasado el toro á la suerte de matar (que él de fijo no llamaría suerte) si no hubiera salido Tocayito de la enfermería donde, gracias á la asistencia del doctor Garrido, se curó en seis minutos de la terrible herida que llevaba en el pantalon, y al relance y como Dios manda y con mucho coraje no hubiera puesto un par de banderillas bueno.

Gordo, y con una calva que partia los corazones, se presentó el insigne Talegon; y

despues de trece pases de diferentes ganaderías, al dar cada uno de los cuales el hombre encogia la tripa, recuperando en seguida su posicion; y despues de cinco pinchazos, de uno de los cuales derribó al becerro; y despues de dos medias estocadas, una baja y otra tendida; y despues de dos intentos de descabello

Rodó por tierra la segunda fiera,
y el robusto y bizarro matador
se sentó en la barrera,
y se limpió el sudor.

.
A mí se me figura que debiera
haberlo hecho mejor.



O barbian caballeiro Alfredo Chaves
y Tinoco da Silva,
se presenta en la arena, rodeado
de la mejor cuadrilla:

Lagartijo, Frascuelo, don Felipe,
 don Felipe García,
 uno que no es torero y lo parece,
 Currito y Hermosilla,
 acompañan al diestro de á caballo.
 ¡Vaya una compañía!
 Yendo con ellos y con buena jaca,
 como haya otra corrida,
 yo sé que han de atreverse más de cuatro
 á hacer la suerte misma.

Sonó el clarín, salió el toro;
 porque es llamarle becerro,
 igual que llamarle niño
 á don José del Rivero.

¡Vaya unos piés que tenía el pavo negro,
 meano y rebarbo, que para el caso presente
 soltó el señor duque de Veragua! Lagartijo
 le corrió, y al saltar, seguido muy de cer-
 ca, por la puerta fingida, el toro saltó detrás
 y le hizo unas cuantas caricias, sin más in-
 tencion que la de probarle aquello de que,
 á la justicia prenden.

El rejoneador quebró con un arte y una

destreza incomparables media docena de elegantes rejoncillos, siendo justamente aplaudido por todos los concurrentes, y especialmente por uno, cuya cortesía y llaneza durante la corrida fueron tan grandes como la altura de su posición.

Tocaron á banderillas, y como evocados por un conjuro, se presentaron Ojitos, Valentin y el picador Agujetas; los dos primeros clavaron un par cada uno al cuarteo, bastante buenos; y el tercero, que entiende de banderillear, como yo próximamente de esto de hacer revistas, demostró que á inteligencia le ganarán, pero á..... acercarse á los toros no.

Volvió á sonar el clarín,
y un caballero bajito,
con bigote y morenito,
fué de la res á dar fin.
En cuanto al toro llegó,
y el trapo tendió sereno,
si no ser torero bueno,
ser valiente demostró.

Pues yo que al toro veía
desde un palco, me asusté;
conque figúrese usted
lo que abajo pasaría.

Dos pases redondos y uno preparado de pecho, dispusieron á la fiera para media estocada atravesada y algo caída al lado contrario, por atracarse de toro. Despues empezaron los pases de zaragata y la zaragata de los profesores, que hubieran hecho bien en dejar al aficionado, que, en mi concepto, no los necesitaba tanto. Como buenamente pudo pinchó una vez, saliendo trompicado, y dió dos medias estocadas: la primera tendida y la segunda baja y delantera. Despues de esto, los profesores anularon al matador, á quien no volví á ver más que cuando saludó al Presidente. Frascuelo quiso descabeallar con una banderilla; Currito intentó dar la puntilla; y despues, y por fin, Lagartijo se vengó del revolcon recibido, tirando la puntilla y acertando. Oiga usted, Rafael, enséñele usted eso á su hermanito el punti-

llero de las corridas formales, que se parece al doctor Garrido en eso de levantar muertos, sin perjuicio de tercero.



Cuando á este punto llegamos,
 á beber vino empezamos;
 y fué tanta la bebida,
 que casi no recordamos
 el resto de la corrida.
 ¡Qué manera de pedir!
 ¡y qué modo de traer!
 ¡Vaya un modo de servir!
 Yo no me llegué á caer;
 pero me puse á morir.

Cárdeno, gacho y voluntario, como sus predecesores, era el cuarto toro. Un aficio-

nado de la cuadrilla dió el salto de la garrocha con toda limpieza, porque la miajita que tropezó al caer quiero atribuirle al estado patológico de mi vista. Este aficionado á que me refiero se llamará Patas-largas para los efectos de la revista. El orondo y satisfecho picador Pancha-ampla, rebosando salud y sin mona, y nuestro conocido *La Martina* (no es la señora del poeta francés), provisto de su inevitable oxidada armadura, se dispusieron á picar al toro. Cinco varas, una rajando y otra muy buena, puso el primero, y tres con algun marronazo el segundo, que en una de ellas quedó montado en el cuello, y recobró la silla por sí solo y con más facilidad y en ménos de lo que recobrará el poder Sagasta. El banderillero Cucho sufrió un revolcon de gusto y de poco precio, y lord Napier corrió admirablemente al toro. Tocayito quitó la divisa, que entregó á quien está tan alto que no me atrevo á que pase en esta ocasion por los puntos de mi pluma, y prévia la órden del Presidente, o cavalleiro Al-

fredo Chaves Finoco da Silva puso un par de banderillas bueno al cuarteo; Azulina otro caído; y el Sordo, con conocimiento y valor, aunque con mala suerte, dejó sus banderillas donde pudo, es decir, en el suelo, muy cerca del toro, muy cerca; pero no precisamente clavadas en el morrillo, como hubiera sido de desear. Recogió y puso las banderillas lord Napier, que ya en esta parte de la corrida nos pareció como que quería hacerlo todo; tal era su entusiasmo.

Y brindó á la Presidencia
un chico jacarandoso,
mu flamenco y mu buen moso,
y de mu buena presensia.

—
Llega , pasa , se arranca decidido ,
va á dar un volapié ,
y el toro le entrecoge y le revienta
como va usted á ver .



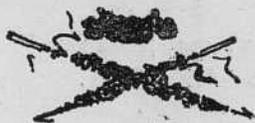
Tirabeque, torero de vergüenza,
y andaluz además,
recoge como puede los avíos,
y á la fiera se va.
Y despues de pasarla y repasarla,
y volverla á pasar,
y despues de un pinchazo y de otros muchos
que no recuerdo ya,
cuando el toro parece que no iba
á quererse acostar,
sale un perro, ¡qué perro, cielo santo!
agarra al animal
y le derriba al suelo, en donde nadie
le puede hacer soltar;

tanto que un hombre público, que era
fusionista quizás,
viendo al perro exclamaba: ¡Vaya un con-
servador-liberal!
¿Por qué?—le preguntaron.—Porque agarra
y no quiere soltar.

En cuanto soltó el perro y arrastraron al
toro, el rigor de las desdichas, Masclets,
se dislocó un pié con el objeto de probar al
respetable público que no es posible que pa-
sen diez minutos sin que á él le suceda al-
guna atrocidad. Estoy autorizado para anun-
ciar á ustedes que en vista del éxito que en
esta corrida ha obtenido, en la próxima se
propone romperse otro miembro cualquiera
con la misma sencillez y la misma oportu-
nidad.



Luégo salió el quinto toro,
del cual tan sólo sabemos
los pocos que allí quedamos
una mijita serenos,
que era castaño y buen mozo,
y que el mismo cavalleiro
que rejoneaba al grande
rejoneó á este pequeño :
porque quien hace lo más,
claro está que hace lo ménos,
y que desques le picaron
La Martina, Pontejierro
y Panchampla, y al picarle
no sé si estuvieron buenos ;
lo que puedo asegurar,
y aseguro, es que uno de ellos
cada vez que se acercaba
iba bravamente al suelo,
y que cuando se caia,
el chico, que es muy flamenco,
exclamaba : « No es el toro,
sino lo que llevo dentro. »



Tocaron á banderillas:
 lord Napier puso dos pares
 de los cortos, Tocayito
 brindó otro á quien ya se sabe,
 y lo hizo con fatigas,
 como los guapos lo hacen.
 Y despues, un señor Vaca,
 que daba muy buenos pases,
 mató al toro muy rebien;
 pues sin ofender á nadie
 bien se puede asegurar
 que sabe lo que se hace
 y que ha sido de los cinco
 matadores de la tarde
 el más fresco en la cabeza
 y el que más puede y más vale.



Resúmen de esta corrida:
 como pocas divertida.

*
 * *

De los toros, ¡cosa rara!
 ninguno volvió la cara.

*
 * *

En cuanto á los lidiadores,
los que no buenos, mejores.

*
* *

Tanto que el peor torero
fué mejor que el Regatero.

*
* *

La Presidencia acertada,
aunque un poco retrasada.

*
* *

Mucho vino, mucha gracia,
y rumbo y valor y audacia.

*
* *

Me atreveria á apostar
que otra así no se ha de dar.

CALICHE.

Los excelentes vinos de Jerez y Manzanilla servidos durante la corrida pertenecen á la ganadería de M. M. Mora, y los expende en esta corte el Sr. Ochoteco, Serrano, 40.

Esto, que á primera vista parece un reclamo, no es, bien mirado, más que una manera de conseguir que el Sr. Ochoteco (a) Tirabeque venda la mayor cantidad de vino posible, con el objeto de averiguar si cuando se canse de venderlo se decide á regalarlo.

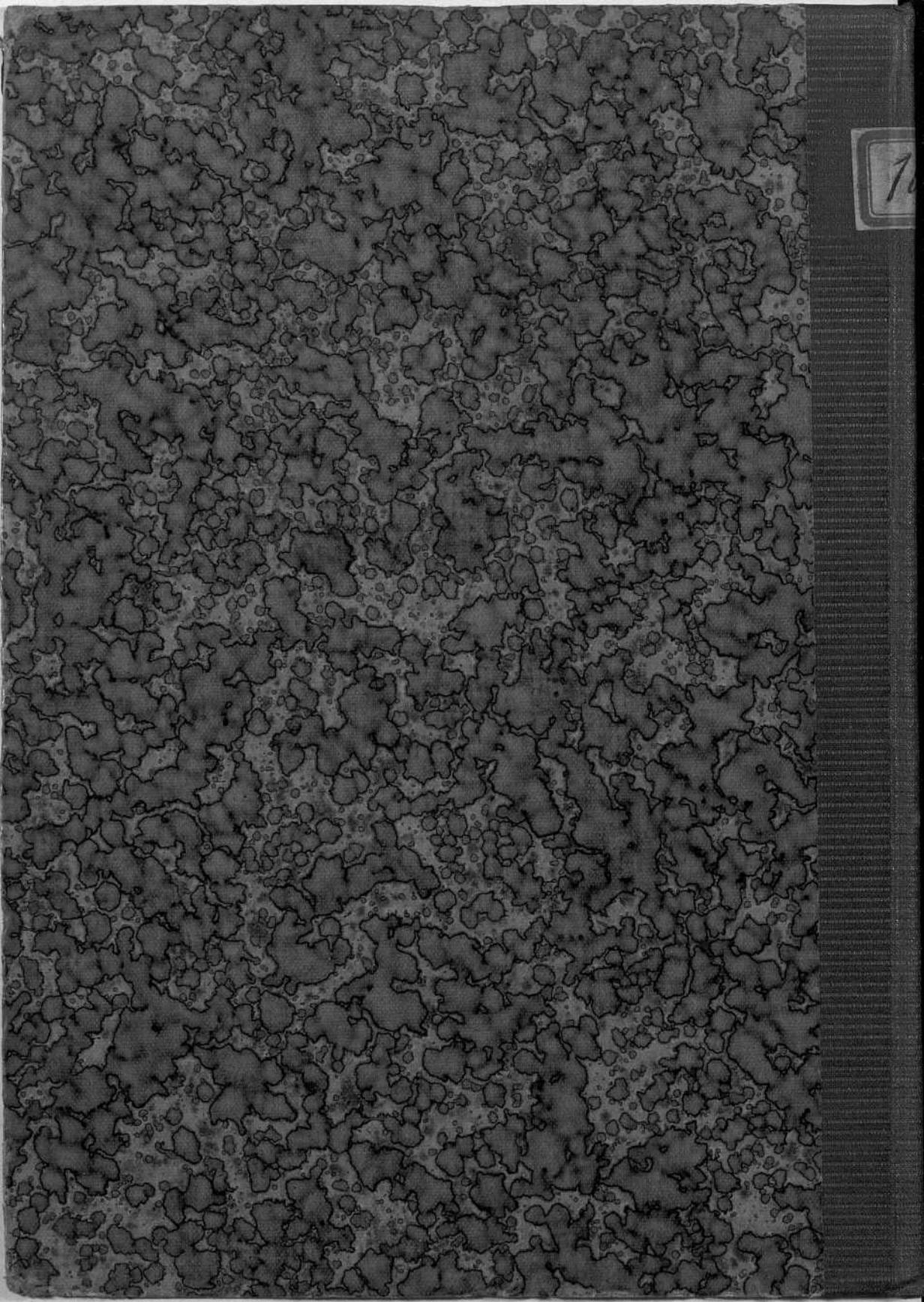


MARQUES DE SAN JUAN DE PIEDRAS ALBAS

BIBLIOTECA

Pesetas

Número.	112	Precio de la obra.....
Estante.	1	Precio de adquisición.....
Tabla...	3	Valoración actual.....
Número de tomos.	



102.